

***TRES TIPOS DE DISCURSO AUTOBIOGRÁFICO
SOBRE LA GUERRA (IN)CIVIL ESPAÑOLA
(PORTELA VALLADARES, AZAÑA E
INDALECIO PRIETO)***

JOSÉ ROMERA CASTILLO
Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid



Ante todo –ya que estamos en una onda adecuada–, quisiera poner de manifiesto una confesión propia: tengo una ancestral aversión a tratar de aquella fratricida – y vergonzosa – guerra de los tres años, denominada impropia­mente civil, por ser claramente una contienda (in)civil entre los españoles, alentada por fuerzas foráneas¹. Pero, a su vez, comprendo que no está por demás detenerse en reflexionar sobre ella, con el fin de conocer mejor el pasado para que semejante felonía no vuelva a repetirse en el futuro (en España o en cualquier lugar del planeta). Y aunque me declare pacifista por los cuatro costados, ando atribulado, ahora, entre la *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, como ha rotulado Paloma Aguilar Fernández², el último libro que he leído sobre el tema y que acaba de salir de las prensas españolas hace unos días.

Como es bien sabido, una buena parte de la bibliografía sobre la guerra (in)civil española – por otra parte tan amplia³ – se ha construido sobre testimonios autobiográficos de diferente cariz e incluso el *Anecdotario de la Guerra Civil española*, recopilado por Fernando Díaz-Plaja⁴, está basado, fundamentalmente, en escritos confesionales de la época. Asimismo la parcela literaria, tanto la española como la extranjera – como han estudiado, entre otros, María José Montes⁵ y, muy especialmente, Maryse Bertrand de Muñoz⁶ –, ha reflejado con certero tino semejante dislate.

¹ El historiador y profesor emérito de la Universidad de Harvard, Juan Marichal, premio Nacional de Historia de 1996, prefiere llamarla «guerra española», como atestigua en su artículo, «Malraux y la perennidad literaria de la guerra española», *El País*, 23 de noviembre (1996), pág. 11.

² Madrid: Alianza, 1996.

³ Cf. por ejemplo –entre los numerosos estudios que se podrían traer a colación– los de Ricardo de la Cierva, *Cien libros básicos sobre la guerra civil española* (Madrid: Publicaciones Españolas, 1966) y *Bibliografía general sobre la guerra de España (1936-1939) y sus antecedentes históricos. Fuentes para la historia contemporánea de España* (Madrid / Barcelona: Secretaría General Técnica del Ministerio de Información y Turismo / Ariel, 1968); James W. Cortada, *Historical Dictionary of the Spanish Civil War* (Londres: Westport, Connecticut: Greenwood Press, 1982); Juan García Durán, *La guerra civil española: Fuentes (Archivos, bibliografía y filmografía)* (Barcelona: Crítica, 1985); Rubio Cabeza, *Diccionario de la guerra civil española* (Barcelona: Planeta, 1987, 2 vols.); Tom Burns Marañón, *Crónica de la guerra civil española* (Barcelona: Plaza & Janés / Círculo de Lectores, 1996); etc.

⁴ Barcelona: Plaza & Janés, 1996.

⁵ *La guerra española en la creación literaria (Ensayo bibliográfico)* (Madrid: Universidad de Madrid, 1970).

⁶ Para la literatura española: *La guerra civil española en la novela. Bibliografía comentada* (Madrid: José Porrúa, 1982, 2 vols.), al que se añadió poco después *La guerra civil española en la*

Como no me puedo detener en hacer un panorama de todos los escritos autobiográficos sobre el tema – como hemos tenido la oportunidad de constatar tanto la citada investigadora canadiense⁷ como yo mismo⁸ (desde 1975), en diversos repertorios autobiográficos –, me centraré aquí en tres botones de muestra, correspondientes a tres tipos de discursos que comportan unas curiosas peculiaridades: el autodefensivo de un impotente (Portela Valladares), el manipulado descaradamente (Manuel Azaña) y el apoloético de sus ideas (Indalecio Prieto).

novela. Los años de la democracia (Madrid: J. Porrúa, 1986 y Madrid: Júcar, 1994); «Documentación: Bibliografías, diccionarios, obras de creación (poesía, novela, narrativa breve y teatro), crónicas, testimonios, documentos extra-literarios (iconografía, películas, cómics, discos), estudios críticos», *Suplementos Anthropos* 39 (1993), págs. 149-168; etc. Para la literatura extranjera: *La guerra civil española en la literatura francesa* (Barcelona: Anthropos, 1993); *La novela europea y americana y la guerra civil española* (Madrid: Júcar, 1994); etc.

⁷ Cf. los trabajos anteriormente citados en los que suele aparecer un epígrafe sobre «Memorialismo». Vid. Maryse Bertrand de Muñoz, «Novela histórica, autobiografía y mito (La novela y la guerra civil española desde la Transición)», en José Romera Castillo *et alii* (eds.), *La novela histórica a finales del siglo XX* (Madrid: Visor Libros, 1996, págs. 19-38).

⁸ Cf., por ejemplo, «Panorama de la literatura autobiográfica en España (1975-1991)», *Suplementos Anthropos* 29 (1991), págs. 170-184; «Hacia un repertorio bibliográfico (selecto) de la escritura autobiográfica en España (1975-1992)», en José Romera *et alii* (eds.), *Escritura autobiográfica* (Madrid: Visor Libros, 1993, págs. 423-505) – que amplía el anterior –; «Senderos de vida en la escritura española (1993)», en Manuel Criado de Val (ed.), *Actas del II Congreso Internacional sobre Caminería Hispánica* (Guadalajara: Aache Ediciones, 1996, t. II, págs. 461-478); «Senderos de vida en la escritura española (1995)», *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos* (Universidad de Barcelona) 1 (1996), págs. 57-67; «Escritura autobiográfica hispanoamericana aparecida en España en los últimos años», en Ferrán Carbó *et alii* (eds.), *Homenaje a Amelia García-Valdecasas* (Valencia: Universitat de València / Facultat de Filologia, 1995, vol. II, págs. 727-740); «Quaderns de Filologia. Estudis Literaris»; «Escritos autobiográficos de autores literarios traducidos en España (1975-92). Una selección», *Compás de Letras* 1 (1992), págs. 244-257; etc. Para la escritura del exilio, cf. José Romera Castillo, «Polifonía literaria confesional de la España peregrina (Con un solo de Juan Gil-Albert)», en César Simón y Pedro J. de la Peña (eds.), *Homenaje a Juan Gil-Albert* (Valencia: Conselleria de Cultura de la Generalitat Valenciana, 1994, págs. 53-74); y Rosa María Grillo, «Escritura in esilio», en Hans-Georg Grüning *et alii* (eds.), *Discorso fisionale e realtà storica* (Atti del 1^a Colloquio Internazionale *Testo e contesto*, Macerata, 15-17 ottobre 1990) (Ancona: Edizioni Nuove Ricerche, 1992, págs. 193-216) [*Heteroglosia* 4, *Quaderni dell'Istituto di Lingue e Culture Straniere*, Università degli Studi di Macerata] y «La guerra civile e l'esilio nella scrittura autobiografica femminile», en Gigliola Sacerdoti Mariani *et alii* (eds.), *La guerra civile spagnola tra politica e letteratura* (Firenze: Shakespeare and Company, 1995, págs. 251-262).

1.- EL TIRO POR LA CULATA

Entre los políticos que ocuparon la más alta magistratura republicana⁹ y que escribieron sus memorias me fijaré, en primer lugar, en el caso de don Manuel Portela Valladares – nacido en Pontevedra en 1867 y muerto en Bandol en 1952 –, figura destacada del centrismo político español, fundador del Partido de Centro Democrático, ministro de Fomento con la Monarquía (1923) y de la Gobernación (desde 1935), así como Presidente del Consejo de Ministros, en 1936, hasta el triunfo del Frente Popular.

La figura del político liberal-demócrata fue muy denostada por los rebeldes, al haber recibido presiones de Franco y los conjurados para establecer la dictadura, a lo que se negó rotundamente; de ahí el terrible dicho que posteriormente correría por su tierra: «Galicia lo dio todo para salvar España: la víctima, Calvo Sotelo; el asesino, Casares Quiroga; el traidor, Portela Valladares; el caudillo, Franco».

El cacique gallego – que políticamente no quiso travestirse, como tuvo que hacerlo para huir de Barcelona, el 28 de julio de 1936, disfrazado de sufragista inglesa – dedicó dos escritos¹⁰, que tuvieron que esperar para ver la luz de la imprenta en España hasta 1988, por ser un testimonio demasiado crudo para el franquismo. El primero, la selección de unas *Memorias: dentro del drama español*¹¹, escritas en el exilio, desde la localidad francesa de Châtel Guyon de Port Vendres, que fueron editadas por José Antonio Durán Iglesias; y el segundo, un *Dietario de dos guerras (1938-1950): notas, polémicas y correspondencia de un centrista español*¹², un conjunto de más de mil folios mecanografiados a un espacio, depositado en la Fundación Penzol, del que también José Antonio Durán ha editado una selección – «sobre sucesos, personajes

⁹ Como, por ejemplo, Niceto Alcalá-Zamora, *Memorias* (Barcelona: Planeta, 1977); Diego Martínez Barrio, *Memorias* (Barcelona: Planeta, 1983); Manuel Azaña – a cuya obra me referiré después –; etc.

¹⁰ Cf. además *A nosa terra e nós: escritos en galego* (Pontevedra: Casal, 1992; con edición y recopilación de Xosé Enrique Acuña).

¹¹ Madrid: Alianza, 1988.

¹² Sada (A Coruña): Edición do Castro, 1988. El dietario se inicia el 8 de agosto de 1936 y termina el 25 de julio de 1950. Cubre los años 1936 (desde agosto a diciembre), 1937 (los doce meses), 1938 (desde abril hasta diciembre), 1939 (todo el año, excepto mayo), los años 1940 a 1946 – de 1947 no aparece anotación alguna –, 1948 (marzo) y 1950 (enero, febrero y julio).

y situaciones tan delicadas como el Alzamiento militar, la guerra civil española, la Francia de Petain, la ocupación nazi, la Segunda Guerra Mundial, en suma» (como apunta Durán) –, añadiendo otros documentos como la correspondencia de Portela con Franco, Castelao, Alcalá Zamora o Manuel de Irujo, los apuntes de Azaña, etc.

Ambas obras son dos testimonios de un hombre exiliado y abatido e impotente, pero que sostiene la esperanza de que el futuro ponga a cada uno en su sitio. Al escribir al final de sus días, su discurso es sosegado, tanto en el fondo como en el estilo, aunque no desaprovecha la ocasión de marcar con semas negativos el diluvio arrasador – además, un gallego no lo podía ver de otra forma – que sobre él ha caído. De ahí que se exprese al inicio de su diario:

«¡Qué lejana se ha quedado hace pocos días nuestra España, la España compañera y querida, que aún nos enseña las nevadas cumbres!»

Como escribe desde el exilio, usará frecuentemente frases entre admiraciones y como es consciente de su impotencia las interrogaciones retóricas abundan – además de incluir citas latinas para dar mayor autoridad a sus ideas –, según se encarga de exponer a renglón seguido:

«¿Vale la pena de escribir – de pensar mismo – en medio de tal arrasador diluvio? De tener calidad lo que aquí aparezca, ya aprovechará con el tiempo. *Post nubila, Foebus*»¹³.

Su escritura, en síntesis, tiene como objetivos fundamentales salir al paso de las afrentas que se le asignaban, conseguir restañar su fama y, sobre todo, expresar el dolorido sentir de lo perdido:

«Y dicen: ‘dinero perdido, nada perdido; honor perdido, bastante perdido; corazón perdido, todo perdido’. Mantengamos el corazón; y atendamos a esa hora de decir la verdad, camino único de enseñanzas y de tiempos mejores. Perder una fortuna creada en luengos años de duros y constantes trabajos constituye

¹³ Anotación correspondiente al 8 de agosto de 1936, escrita en Vernet Les Bains.

una injusticia: salir del mundo que era ambiente y amparo, es decepcionante: el mayor dolor se ocasiona al ver arrastrados por la ávida basura los libros, las notas, la labor íntima de una larga vida, pedazos de mi alma robados y afrentados».

Todo un caso de un hombre vilipendiado que espera, a la larga, una rehabilitación política, como posteriormente le ha sido, con justicia, reconocida.

2.- AZAÑA, COMO ARMA (ARROJADIZA) DE GUERRA

El segundo caso que quisiera traer a colación tiene que ver con una descarada tergiversación textual, por el franquismo, de los escritos autobiográficos de un político e intelectual¹⁴ tan destacado en la Segunda República.

Como sabemos el escritor y político Manuel Azaña Díaz¹⁵, fue un gran aficionado al género autobiográfico. Primeramente, al afirmar que le gustaba hablar de sí mismo porque era el español que tenía más a mano; después, al

¹⁴ Cf., por ejemplo, Manuel Aznar Soler, *Pensamiento literario y compromiso antifascista de la inteligencia española republicana* (Barcelona: Laia, 1978); Manuel Aznar Soler y Luis-Mario Scheider (eds.), *II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (1937). Actas, ponencias, documentos y testimonios* (Barcelona: Laia, 1979); *Literatura española y antifascismo (1927-1939)* (Valencia: Conselleria de Cultura, Educació y Ciència, 1987); etc.

¹⁵ Hay noticias de unas interesantes memorias, escritas – aunque todavía inéditas – de Santos Martínez Saura -muerto en México, el 22 de diciembre de 1997 –, dedicadas, casi en exclusiva, al periodo de su función como secretario particular de Azaña como presidente de Izquierda Republicana y de la República. Entre las biografías de Manuel Azaña citaré – por poner unos botones de muestra – las de Ernesto Giménez Caballero, *Manuel Azaña (Profecías españolas)* (Madrid: Turner, 1975); Víctor Alba (seudónimo de Pedro Pagés Elías), *Los sepultureros de la República: Azaña, Prieto y Negrín* (Barcelona: Planeta, 1977); Emiliano Aguado, *Manuel Azaña* (Madrid: Epesa, 1978 y Madrid: Sarpe, 1986); Joaquina Carabias, *Azaña: los que le llamábamos don Manuel* (Barcelona: Plaza & Janés, 1981); Cipriano de Rivas Cherif, *Retrato de un desconocido: Vida de Manuel Azaña (seguido por el epistolario de Manuel Azaña con Cipriano de Rivas Cherif de 1921 a 1937)* (Barcelona: Grijalvo, 1980 y 1981, 2ª. ed°.; con introducción y notas de Enrique de Rivas Ibáñez); Vicente Serrano y José Mª. San Luciano, *Azaña* (Alcalá de Henares: Fundación Colegio del Rey, 1990, 2ª. ed°.); José Peña González, *Manuel Azaña: el hombre, el político y el intelectual* (Alcalá de Henares: Fundación Colegio del Rey, 1990); Santos Juliá, *Manuel Azaña. Una biografía política. Del Ate-neo al Palacio Nacional* (Madrid: Alianza, 1990); José Mª. Marco Tobarra, *Azaña* (Madrid: Mondadori, 1990); *La inteligencia republicana. Manuel Azaña 1897-1930* (Madrid: Biblioteca Nueva / Fundamentos, 1988); Alicia Alted et alii (eds.), *Manuel Azaña: Pensamiento y acción* (Madrid: Alianza, 1996); la semblanza de Juan Marichal, *El secreto de España. Ensayos de histo-*

traducir las *Memorias* póstumas de Voltaire¹⁶; y finalmente – sobre todo –, al producir una escritura autobiográfica, como apuntó muy someramente José-Carlos Mainer¹⁷ y estudió más profundamente José M^a. Marco Tobarra¹⁸.

En efecto, Azaña dejó varias entregas en las que es posible rastrear huellas de su vida, como son, por ejemplo, *En el poder y en la oposición (1932-1934)*¹⁹, *Mi rebelión en Barcelona*²⁰, *Causas de la guerra de España*²¹, *Los españoles en guerra*²², etc. e incluso plasmó sus vivencias en obras de teatro como *La velada de Benicarló. Diálogos de la guerra de España*²³, etc.

Sabemos que en las *Obras Completas*²⁴, publicadas fuera de España, en el tomo III aparecieron los *Escritos de juventud y cartas familiares. Diarios íntimos y cuadernillos de apuntes* y que en el volumen IV se incluyeron las *Memorias políticas y de guerra*. En España hubo que esperar a la desaparición del general Franco, para que dichas obras saliesen a la luz pública en cuatro tomos²⁵. Después, se han publicado, por separado, dos interesantes entregas.

ria intelectual y política (Madrid: Taurus, 1995); etc. Por su parte, Carlos Rojas ha escrito una biografía novelada, *Azaña* (Barcelona: Planeta, 1973; con varias reediciones). Cf. además el catálogo de la exposición *Azaña* (Madrid: Ministerio de Cultura, 1990; con edición de J. M^a. Marco); las Actas del coloquio de Montauban, celebrado en 1990, *Azaña et son temps* (Madrid-Montauban: Casa de Velázquez, 1993; con edición de Jean-Pierre Amalric y Paul Aubert); etc.

¹⁶ François Marie Arouet Voltaire, *Memorias de su vida, escritas por él mismo* (Madrid: Calpe, 1920). Azaña tradujo también de Madame de Staël [Anne Louise Germaine Necker, baronne de Staël-Holstein], *Diez años de destierro. Memorias* (Madrid: Tipográfica Renovación, 1919; con 2^a. ed^o. en 1931) y Jean Martet, *Confesiones de Clemenceau* (Madrid: Ed. España, 1930).

¹⁷ «Manuel Azaña o el uso confesional de la escritura», en VV. AA., *Azaña* (Madrid: Ministerio de Cultura, 1990, págs. 191-201).

¹⁸ *Formación de sí mismo: la literatura autobiográfica de Manuel Azaña* (Madrid: Fundamentos, 1991).

¹⁹ Madrid: Espasa-Calpe, 1934.

²⁰ Madrid-Barcelona, 1935.

²¹ Barcelona: Crítica, 1986; con prólogo de Gabriel Jackson.

²² Barcelona: Crítica, 1977; con prólogo de Antonio Machado.

²³ Madrid: Castalia, 1974; con edición de Manuel Aragón.

²⁴ México: Oasis, 1966-1968; compilación, prólogo y biografía de Juan Marichal.

²⁵ Madrid: Afrodísio Aguado, 1976-1981 (I: *Año 1931*; II: *Año 1932*; III: *Años 1933-1936* y IV: *Cuaderno de La Pobleta, 1937. Cuaderno de Pedralves, 1938-39. La velada de Benicarló*).

La primera, compuesta por dos volúmenes de *Memorias políticas y de guerra*²⁶ – que en realidad son una especie de diarios –, basadas en la edición mexicana; y la segunda, los *Apuntes de memoria inéditos. Guerra Civil mayo 1936-abril 1937-diciembre 1937 y Cartas 1938, 1939, 1940*²⁷, editados por Enrique de Rivas, que se componen de unas breves anotaciones memorialísticas que el político había comenzado a redactar en julio de 1931 y que contienen unos apuntes de la contienda española. Posteriormente – y después de haber expuesto este trabajo en Venecia – Santos Juliá ha publicado de Manuel Azaña, *Diarios, 1932-1933. Los cuadernos robados*²⁸, los tres diarios que el político escribió cuando estaba en el Gobierno de la Segunda República que sirven de complemento a los publicados en México.

Conviene recordar que algunos de los escritos memorialísticos de Azaña han tenido una historia editorial (y política) un tanto curiosa y rocambolesca²⁹. En efecto, el bando franquista quiso utilizar los cuadernos del político como un lenguaje arrojadizo o «arma de guerra» – según Ricardo de la Cierva – y con todo descaro, para desfigurar la figura del estadista; de ahí que, entre agosto y noviembre de 1937, se publicaron en el *ABC* de Sevilla, dieciocho entregas de los mismos, claramente manipulados. Pero ello no bastó, sino que, dos años después – al igual que sucediera con otros casos³⁰ –, las anotaciones, fueron editadas, bajo el rótulo de *Memorias íntimas*³¹, debidamente expurgadas y ma-

²⁶ Barcelona: Crítica, 1978.

²⁷ Valencia: Pre-Textos, 1990. Vid. Enrique de Rivas Iglesias, *Comentarios y notas a 'Apuntes de memoria' y cartas de Manuel Azaña* (Valencia: Pre-Textos, 1990); así como la reseña sobre la obra del político republicano y la del hijo de Rivas Cherif, de Santos Juliá, «Inéditos para expertos. Se publican nuevos textos de Manuel Azaña», *El País-Libros*, domingo 16 de diciembre (1990), pág. 9; y el reportaje de José Fernández-Cormenzana, «Expolio de la memoria», *El País*, domingo 24 de febrero (1991), pág. 26-27. Enrique de Rivas ha editado otros epistolarios como *Retrato de un desconocido: Vida de Manuel Azaña (seguido por el epistolario de Manuel Azaña con Cipriano de Rivas Cherif de 1921 a 1937)* (cit.) y *Manuel Azaña / Cipriano de Rivas Cherif, Cartas 1917-1935 (inéditas)* (Valencia: Pre-Textos, 1990).

²⁸ Barcelona: Crítica, 1997.

²⁹ Al fin, algunos de estos cuadernillos han sido entregados recientemente, por la hija del general Franco al Gobierno español.

³⁰ Por ejemplo, Dionisio Ridruejo – que luego se arrepentiría de su pasado falangista – publicó unas *manipuladas* poesías completas de Antonio Machado, eliminando las referidas a la guerra civil, con el fin de *recuperar* al poeta para el nuevo régimen franquista.

³¹ Madrid: Ediciones Españolas, 1939.

nipuladas, con textos y notas del periodista Joaquín Arrarás, jefe de los servicios de propaganda de los militares rebeldes, con ilustraciones caricaturescas – dignas de ser estudiadas – del dibujante Kin.

Estamos, pues, ante un caso en el que el discurso primigenio, al ser manipulado, se convierte en otro semánticamente diferente, ya que el sentido que le da el maléfico editor cambia sustancialmente el contenido azañista.

En el primer capítulo, que el propagandista rotula como «Azaña pintado por sí mismo», nos encontramos con un lenguaje de confrontamiento, con una serie de comparaciones negativas, como se puede advertir:

«Si alguna persona sale analizada en las obras de Manuel Azaña, es su propio autor. Para Azaña, déspota a lo Nerón, los seres animados e inanimados, la Patria, la Historia, la Creación y el Universo no son más que excitantes de sus ácidos y revulsivos de sus humores... Es Buda mirándose perpetuamente el ombligo (pág. 5)³² [...] Sólo él podía darnos a conocer íntima y totalmente a sí mismo. Engendro espurio elevado a la más alta magistratura de una República abyecta por un sufragio seudodemocrático, corrompido y corruptor» (pág. 6).

Tras semejante preámbulo, el editor con un descaro inconcebible, falsea la realidad:

«El retrato de Azaña que a continuación publicamos está sacado de sus libros, en los que hemos trabajado con la misma precaución del químico que opera con venenos. Ni una palabra hemos tenido que añadir, ni una frase que alterar. El monstruo nos lo dio todo hecho» (pág. 6).

El vilipendio de Azaña es continuo a lo largo de toda la obra, realizado

³² E insiste (con una serie de reiteraciones sinonímicas para que el mensaje no pase desapercibido): «Más, Azaña escribe sin dar reposo a la pluma, siempre sobre sí mismo. Se analiza, se introvierte, se contempla; disciene sobre sus secreciones íntimas; se asoma a los fosos de su conciencia, extrae para airearlos como trofeos aquellos residuos morales ya fermentados en su cerebro, describe con deleite el panorama yermo, reseco y desolado de su corazón; levanta los légamos del subconsciente para ofrecer al curioso unos nidos de alacranes que se remueven, lleva a los lectores por las galerías de su alma, hediendas, fuliginosas, irrespirables como humo de azufre» (págs. 5-6).

a través de un discurso dicotómico en el que el estadista representará lo negativo y el nuevo régimen lo positivo. Como no me puedo detener en un exhaustivo examen, me referiré a algunos botones de muestra. El primero se refiere a sus «deformidades físicas y psicológicas»³³, plasmadas en el capítulo segundo, «Hallazgo de las *Memorias*»³⁴:

«Pervertido, cruel, infame: bolsa de odios y fracaso, vejiga de hiel, a quien un día la revolución eleva al pedestal del Poder ... para que ensaye la fuerza de la envidia, de la vanidad y del rencor que lleva en su alma de déspota y experimente sobre todo un país su sevicia y sus aberraciones» (págs. 31-32).

Tras semejantes *piropos*, insinúa al lector otra de las «perversiones» del estadista:

«Escritas con la preocupación del mañana, Azaña [en las *Memorias*] cuida con femenil coquetería su línea de personaje para que no la descomponga el vendaval de la crítica. Se pinta, se acicala, se empolva y se eterniza en los cuidados de su embellecimiento» (pág. 31).

Agujazo en el que insiste al referirse a quien Azaña confió sacar de España el dinero y los cuadernos íntimos, su cuñado Cipriano de Rivas, al que califica malévolamente de «incondicional y entrañable antes del parentesco, confidente, mentor, espía y hasta *su consuelo*» [el subrayado es mío]. Pero cuando la acusación se hace más explícita es al referirse a Fernando de los Ríos – con quien Azaña no se llevaba bien –, apostillando:

«Descubierto Fernando en sus aficiones clandestinas, se comprende que en la hostilidad de Azaña contra él entre por mucho la rivalidad y la competencia.

Al fin y al cabo, ¿qué es Azaña sino otro efebócrata furtivo?» (pág. 118).

³³ En otra ocasión dirá: «Azaña hace ascos de todo, desprecia a todos, no le interesa nada: ni la religión, ni la política, ni la Patria, ni la Historia, ni el caos social... Hombre de hielo, sin pulso ni nervios. Su pensamiento es una exudación fría de su carne gelatinosa» (pág. 307).

³⁴ Una historia rocambolesca sobre los nueve cuadernillos.

La condición homosexual, oficialmente – en un régimen *tan casto y puro* –, no podía admitirse; de ahí que se recurra a la interrogación para dar el zarpazo al vilipendiado.

Arrarás agrupa los textos tomados de los Cuadernos – correspondientes a los años 1932 y 1933 – alrededor de una serie de personajes, de los que – según el propagandista – siempre habla mal: «Don Niceto», «El feroz Indalecio», «Marcelino Domingo», «El pobre Casares Quiroga», «Fernando de los Ríos», «Maura el violento», etc. hasta llegar a «El General Franco» (págs. 307-310), cuyo nombre «inmoviliza, conturba y traspasa» (pág. 307) a Azaña³⁵, terminando – capítulo XXVII – con unas «Escurriduras» – ¡atención al título! –, unos breves fragmentos que constituyen unas descaradas *perlas* que culminan el retrato del *monstruo*, a los que para completar la faena añade una especie de horrendo poema, titulado «Ése es Azaña» (págs. 331-332).³⁶

³⁵ Según Arrarás, Azaña se refiere a Franco en tres ocasiones: La primera, «Cuando se cerciora de que ha manchado con su virus la hoja de servicios preclara e impoluta del príncipe de la milicia [por el discurso de despedida a los alumnos de la Academia General de Zaragoza]... Azaña quiso que la hoja de servicios que eran méritos del general invicto y glorioso, quedase manchada. ¡Qué ridícula pretensión!» (pág. 307). La segunda, «En su segunda nota el monstruo se solaza de haber truncado una carrera que era excepcional por lo limpia y rutilante en la milicia española. Cree haberla chafado. La envidia es el placer de los viles» (pág. 308). Y la tercera, cuando Largo Caballero y Azaña se preocupan porque Franco no se va destinado a Baleares al inicio de 1931, el editor comenta: «Los dos sátrapas se estremecen al saber que el general continúa en Madrid. Su proximidad los sobresalta y desvela, como altera e inquieta la presencia del guardia vigilante al malhechor que tiene preparada la traición o la felonía. Quieren saber lejos y cuanto antes al general» (pág. 310).

³⁶ «Soñó con ser Robespierre y fue tan sólo
un guñapo que acabó en presidente
corrido y espantado como un gamo.
Declaró que España había dejado de ser
católica y tuvo que huir del país cuando
más afirmaba España su fe.
Se rió presuntuoso del caos social y el caos
le sorbió en su negro abismo.
Ultrajó el título de español y los españoles
abominaron de él.
Se mofó de la Historia de España y su-
cumbe lapidado por la Historia.
Trituró al Ejército y el Ejército exterminó
y pulverizó a él y a los suyos.
De su paso por el Gobierno de España sólo
queda humo de incendio, sangre de
crimen, huellas de robo, gemidos de
«cheka», descargos de pelotones que

3.- TESTIMONIO (DIALÉCTICO) ‘PRO DOMO SUA’

Finalmente me detendré en los testimonios de Indalecio Prieto Tuero³⁷, nacido en Oviedo en 1883 y muerto en México en 1962. Sabemos que el ministro socialista republicano³⁸ escribió – además de un largo epistolario³⁹ – diversas entregas memorialísticas, de distinto cariz: *De mi vida. Recuerdos, estampas, siluetas, sombras...*⁴⁰, *Yo y Moscú*⁴¹, *Convulsiones de España*⁴², *Recuerdos y perspectivas, Barcelona, 28 de agosto de 1938: un discurso*⁴³, etc.

fusilan, hambre, miseria, peste...
Pasó como la cabalgata apocalíptica, y ahora vive solitario y proscrito.

Sin fe.

Sin compasión.

Sin misericordia.

Sin don de lágrimas.

Alma yerta, como un secarral.

Corazón reseco como un páramo.

Abrasado en sus propias iniquidades.

Estéril.

Maldito».

³⁷ Cf. los trabajos de Víctor Alba (seudónimo de Pedro Pagés Elías), *Los sepultureros de la República: Azaña, Prieto y Negrín* (Barcelona: Planeta, 1977); Alfonso Carlos Sáiz Valdivieso, *Indalecio Prieto. Crónica de un corazón* (Barcelona: Planeta, 1984); Carlos Rojas, *Prieto y José Antonio: socialismo y Falange ante la tragedia civil* (Barcelona: Dirosa, 1977); el número monográfico *Centenario del nacimiento de Indalecio Prieto* de *MOPU* 305 (1983); José M^a. Huete Paredes, *Estudio psicosocial del liderazgo: perfil de Indalecio Prieto-Tuero* (Madrid: Universidad Complutense, 1984, Tesis de doctorado); etc.

³⁸ Ocupó las carteras de Hacienda, Obras Públicas y, tras el levantamiento militar del 36, se encargó del Ministerio de Marina y Aire (en las primeras semanas) y del de Defensa Nacional (después).

³⁹ Cf., por ejemplo, *Epistolario Toribio 1941-1946 Echebarría-Indalecio Prieto* (Zaráuz: Itxaropena, 1981); *Cartas a un escultor: pequeños detalles de grandes sucesos* (Buenos Aires: Losada, 1961 y Barcelona: Planeta, 1989) – dirigidas a Sebastián Miranda, autor de *Mi segundo libro de recuerdos y añoranzas* (Madrid: Prensa Española, 1975) –; *Epistolario Prieto-Negrín: puntos de vista sobre el desarrollo y consecuencias de la guerra civil española* (París: Imp. Nouvelle, 1939 y Barcelona: Planeta, 1990); etc.

⁴⁰ México: El Sitio, 1965, con prólogo de Santiago Arisnea Lecea; y México: Oasis, 1968, 2 vols., con reedición en 1970.

⁴¹ Madrid: Nos, 1955; con prólogo, comentarios y notas de Mauricio Carlavilla.

⁴² México: Oasis, 1967-1969, 3 vols.

⁴³ Madrid: Eds. Españolas, 1938, 48 págs.

En España, después de la muerte de Franco, se editaron *Con el Rey o contra el Rey. Guerra de Marruecos*⁴⁴, *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa*⁴⁵, *Pasado y futuro de Bilbao, charlas en Méjico*⁴⁶; etc.

Quisiera fijarme en una obra concreta, *Entresijos de la guerra de España: colección de artículos sobre intrigas de alemanes, italianos y rusos*.⁴⁷ En la portada de la edición de Planeta aparece el sentido último del libro: «Un testimonio decisivo de cómo los españoles de ambos bandos eran utilizados para las intrigas de las grandes potencias mundiales».

En efecto, el volumen contiene una recopilación de artículos, que guardan una «indudable trabazón», en los que Prieto intenta explicar los *entresijos* de la guerra, «en la que uno y otro bando de españoles, republicanos y antirrepublicanos, agredidos y agresores, leales y perjuros, acometiéndonos con saña inconcebible, estábamos sirviendo de material experimental para las intrigas y ambiciones de quienes se proclamaban nuestros respectivos defensores: de una parte, Stalin; de otra, Hitler y Mussolini», como constata Manuel Albar en la contraportada del libro⁴⁸. Pero lo que el asturiano pretende, sobre todo, es realizar una defensa de sus ideas, alejándose tanto del comunismo como del nazismo y fascismo.

Para ello, el excelente orador recurre a una táctica diléctica discursiva impecable: utilizar –claro, siempre desde su perspectiva– testimonios autobiográficos de diferentes personajes que tuvieron arte y parte en la contienda, unas veces para apoyar sus ideas y otras para contraponerlas, a la vez que da testimonio de su actuación política.

Para manifestar su anticomunismo, emplea las memorias de José

⁴⁴ Barcelona: Planeta, 1990, 2 vols.

⁴⁵ Barcelona: Planeta, 1989.

⁴⁶ Barcelona: Planeta, 1991. Otras ediciones: Toulouse: Imp. du Sud-Ouest, 1947 y Bilbao: El Sitio, 1980.

⁴⁷ Con edición en México: Partido Socialista Obrero Español / Unión General de Trabajadores, 1953; y Barcelona: Fundación Indalecio Prieto / Planeta, 1989.

⁴⁸ Cf. el epígrafe final, «Comentario al margen» (págs. 157-166), de Manuel Albar, fechado en México, en marzo de 1953.

Hernández⁴⁹, *Yo fui ministro de Stalin*, aparecidas en México⁵⁰, siguiendo los postulados mantenidos en *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional. Intrigas de los rusos en España* (cit.); y para defender a la República, los testimonios del embajador de los Estados Unidos en España (desde 1933 a 1939), Claude Gerard Bowers, *Misión en España. En el umbral de la II Guerra Mundial*⁵¹, que secundó el plan europeo de no intervención y aconsejó a Washington no destruir a la República⁵².

He dejado para el final – por estar en Venecia – el diferente empleo que hace Prieto de las obras de dos personajes italianos que participaron muy activamente en la guerra española⁵³. El primero, de Roberto Cantaluppo – a quien se referirá siempre como Cantalupo –, el primer embajador de Mussolini ante Franco, desde enero de 1937 – que si bien no fue un fascista primitivo (*enrage*), fue un *conformador*, como se llamaba en Italia al que se acomodaba al régimen –, cuya misión diplomática, por el atrevimiento de sus ideas, duró cincuenta

⁴⁹ Hernández fue un convencido estalinista (ministro de Instrucción Pública, formó parte de Gobiernos presididos por Francisco Largo Caballero y Juan Negrín, entre 1936 y 1938, se refugió en Rusia después de la guerra, fue enviado a México por Georgi Dimitrov (autor de *En el II aniversario de la heroica lucha del pueblo español: un documento para la historia de nuestra guerra* (S.I.: Partido Comunista de España, 1938 (?)) para organizar a los estalinistas españoles), pero al ascender a Dolores Ibárruri en el PCE – a la muerte de su marido – y no a él, es expulsado de la Internacional Comunista, volviéndose un antiestalinista feroz. Cf. además Varios Autores, *Junto a los patriotas españoles en la guerra contra el fascismo: memorias de los soviéticos participantes en la guerra civil de España* (Moscú: Nóvosti, 1986, 86 págs.).

⁵⁰ Sobre todo en los epígrafes «Hitos de mi anticomunismo» (págs. 47-60), «Destitución de Largo Caballero» (págs. 61-87), «El bombardeo alemán de Almería» (págs. 75-87), «Por qué perdimos Teruel» (págs. 89-100), «Chantaje y despojo» (págs. 101-114) y «Mis hados protectores» (págs. 115-127).

⁵¹ México: Grijalbo, 1955; con traducción de Juan López S. y versión de Agustí Barta. Otras ediciones: Barcelona: Grijalbo, 1977 y Barcelona: Éxito, 1978; con el mismo traductor, citado anteriormente. Bowers escribiría después, *Chile through Embassy Windows 1939-1953* (Westport, Connecticut: Greenwood Press, 1977).

⁵² «Claude G. Bowers: un testigo irrecusable» (págs. 129-142).

⁵³ Cf. al respecto las Actas del Simposio celebrado en la Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma, *Italia y la guerra civil española* (Madrid: Centro de Estudios Históricos, 1986); Gigliola Sacerdoti Mariani, Arturo Colombo y Antonio Pasinato (eds.), *La guerra civile spagnola tra politica e letteratura* (Firenze: Shakespeare and Company, 1995); José Luis Alcofar Nassaes (seudónimo de José Luis Infiesta Pérez), *Los legionarios italianos en la Guerra Civil española 1936-1939* (Barcelona: Dopesa, 1972); etc.

días⁵⁴. En su libro de memorias, *Embajada en España*⁵⁵, el diplomático napolitano, periodista culto, admirador de Unamuno, expone su juicio sobre lo que estaba aconteciendo en España. He aquí lo que escribe al Duce:

«Cuán fundada es la triste duda de muchos extranjeros que se hallan de parte de Franco, comprendidos oficiales y soldados italianos, respecto a si constituye un verdadero deber de la Italia fascista el ayudar a la formación de un régimen conservador, reaccionario, clerical y castrense... Los tradicionalistas serán garantizados por la misma persona de Franco, prisionero en sus manos, y la futura acción de gobierno, aun en el caso de que se deje lugar a cualquier modernización social, legislativa, económica y administrativa, tendrá siempre como base la mentalidad y los intereses de los generales, del alto clero, de la finanza internacional, de la influencia franco-inglesa, del latifundio, del capitalismo despiadado» (pág. 37)⁵⁶.

Para proseguir más adelante:

«En tales condiciones – sigue diciendo el embajador a Mussolini –, he considerado y sigo considerando todavía peligroso para Italia comprometerse a fondo con Franco, con la Falange o con los tradicionalistas; considero peligroso aliarse con los unos o con los otros, puesto que ello significaría, en cualquier caso, procurarse la enemistad de una mitad de los contendientes.

En sustancia – añade Cantalupo resumiendo su actitud – yo aconsejaba la transformación de la Península Ibérica, de campo de experimentación de la guerra entre las potencias europeas, como era, en campo de ensayo para la reconciliación general. Quizá precisamente nosotros, los italianos, que teníamos allá

⁵⁴ Cf. especialmente los dos primeros epígrafes, «El Mussolinismo en España» (págs. 19-32) y «El pacto de Laredo» (págs. 33-45).

⁵⁵ Barcelona: Caralt, 1951. El título original fue *Per che?*.

⁵⁶ A lo que Indalecio Prieto comenta: «Es curiosísima la extraordinaria coincidencia entre estos temores de Roberto Cantalupo y los que en manuscritos, recogidos en su celda de la cárcel de Alicante, expuso José Antonio Primo de Rivera, manuscritos que aquél no podía conocer entonces, y de los cuales, por obrar en nuestro poder, hemos hablado algunas veces» (pág. 37).

cuarenta mil hombres, podíamos tomar la iniciativa de la mediación» (pág. 38)⁵⁷.

Ni que decir tiene que con estas ideas, su misión diplomática duró poquísimo. Como apunta Prieto:

«Cantalupo fue destituido y durante largos años conoció – es frase suya – ‘la plena extensión y profundidad de la bellaquería humana, tan ilimitada como la misericordia de Dios’» (pág. 39).

Finalmente, para seguir defendiendo sus ideas, Indalecio Prieto se sirve de las de Pietro Nenni⁵⁸, líder del ala izquierda del socialismo italiano – que escribió un libro sobre la guerra de España, traducido al francés, publicado en *Cahiers Libres* de París⁵⁹ –, al que le unían tantas afinidades.

4.- PARA TERMINAR...

Con estos tres ejemplos – junto a tantos otros que se podrían traer a colación – he querido poner de manifiesto cómo la escritura autobiográfica puede utilizar, según los fines perseguidos, tres tipologías de discurso, así como puede ser de gran utilidad tanto para configurar de un modo más exacto la biografía de los personajes tenidos en cuenta, como, sobre todo, para conocer mejor algunos entresijos de esa abominable guerra fratricida que – ¡ojalá! – sea para todos un pretérito imperfecto.

⁵⁷ A lo que comenta Prieto: «El sistema debería haberse patentado: primero atizar la hoguera de la guerra y luego apagarla para aprovechar las brasas» (pág. 38).

⁵⁸ «La guerra de España: su poso histórico» (págs. 143-156). Cf. al respecto el artículo de Arturo Colombo, «Ricordi sulla guerra civile spagnola. La testimonianza di Pietro Nenni», en Gigliola Sacerdoti Mariani *et alii* (eds.), *La guerra civile spagnola tra politica e letteratura* (Firenze: Shakespeare and Company, 1995, pág. 205-214).

⁵⁹ El volumen tiene tres partes: «El drama de la no intervención», «España, día por día» – una serie de artículos escritos desde España (1936-1939) para el *Nuovo Avanti*, órgano de los socialistas italianos expatriados en Francia – y «El papel de los socialistas en la guerra de España». Cf. *España* (Barcelona: Plaza & Janés, 1977; con traducción de Juan Moreno).